

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

El pájaro de oro

Antiguamente, había un rey que tenía un hermoso parque detrás de su castillo. En el parque había un árbol que daba manzanas de oro. Cuando las manzanas estaban maduras, se contaban.

Una mañana, se descubrió que faltaba una manzana. El rey ordenó inmediatamente que se vigilara el árbol todas las noches.

El rey tenía tres hijos. Al anochecer, envió a su hijo mayor a vigilar el árbol. Pero cuando llegó la medianoche, no pudo mantener los ojos abiertos y se quedó dormido. A la mañana siguiente, faltaba otra manzana. La segunda noche, el segundo hijo estaba de guardia, pero no le fue mejor.

El rey no confiaba en el tercer hijo para que vigilara el árbol, pero de todas maneras le dio la oportunidad de hacerlo. Se tumbó bajo el árbol, decidido a no dormirse. A

medianoche, oyó un murmullo en el aire y vio un pájaro dorado que volaba a la luz de la luna. El pájaro se posó en una rama y justo cuando iba a morder una manzana, el muchacho le disparó una flecha. El pájaro escapó, pero había perdido una de sus plumas doradas.



A la mañana siguiente, el niño recogió la pluma y se la llevó al rey. Le contó lo que había ocurrido durante la noche. El rey reunió a su consejo. Todos estuvieron de acuerdo en que aquella pluma valía más que todo el reino.

—Si esta pluma es tan valiosa, entonces yo también quiero ese pájaro —declaró el rey.

El hijo mayor se puso en camino. Confiaba en su astucia. Pensó que seguramente encontraría el Pájaro de Oro. Después de caminar un rato, vio a un zorro sentado en la orilla del bosque. Apuntó con su arma y disparó. El zorro gritó:

—No dispaes, te daré un buen consejo. Estás buscando el Pájaro de Oro, ¿verdad? Esta noche llegarás a un pueblo. Hay dos posadas una frente a la otra. Todo es luz en una posada, es alegre allí, no entres. Entra en la otra posada, está cerrada y tiene mal aspecto.

—¿Cómo puede un animal así darme un buen consejo? —pensó el Príncipe, y disparó. Pero falló. El Zorro estiró la cola y se alejó.

El muchacho continuó su camino hasta que, al anochecer, llegó al pueblo de las dos posadas. En una posada, la gente cantaba y bailaba. La otra posada parecía descuidada y aburrida.

—Sería un tonto si entrara en esa posada fea y aburrida —pensó. Así que entró en la alegre posada y pasó un gran momento. Esto hizo que se olvidara del Pájaro de Oro. También olvidó a su padre y todas las cosas buenas que había aprendido.

Cuando pasó algún tiempo y el hijo mayor aún no había regresado, el segundo hijo partió en busca del Pájaro de Oro. Al igual que su hermano, se encontró con el Zorro por el camino. El Zorro también le dio buenos consejos. Pero el segundo hijo tampoco hizo caso de los consejos del Zorro. Cuando llegó a las posadas, vio a su hermano bailando delante de la ventana de la alegre posada. El segundo hijo también entró y se lo pasó en grande.

Algún tiempo después, cuando el segundo hijo tampoco regresó, el menor quiso probar suerte.

—Entiendo que quiera ir —dijo el padre—, pero no encontrará al Pájaro de Oro. Si le ocurre un accidente, no podrá salvarse, porque es el más joven.

Finalmente, como el hijo menor no lo dejaba en paz, el padre le dio permiso. El niño se puso en camino.

El zorro volvió a sentarse en la orilla del bosque. Volvió a pedir que no le dispararan a cambio de un buen consejo. El hijo menor fue un buen niño y dijo:

—No te preocupes pequeño Zorro, no te haré daño.

—No te arrepentirás —dijo el Zorro—, si quieres moverte más rápido, siéntate en mi cola.

Cuando estuvo cómodamente sentado en la cola, el Zorro

empezó a trotar. Saltaba por encima de palos y piedras, y su pelo volaba al viento.



Una vez que llegaron al pueblo, el niño saltó de la cola. Siguió el buen consejo del Zorro y se alojó en la destartalada posada. Se fue a dormir tranquilamente. Cuando salió a la mañana siguiente, el Zorro ya estaba delante de su puerta. Le dijo:

—Te diré lo que tienes que hacer a continuación. Sigue recto y llegarás a un castillo. Delante del castillo hay muchos soldados. No les prestes atención, lo único que hacen es dormir y roncar. Pasa entre ellos y entra directamente al castillo. Atraviesa todas las habitaciones. Finalmente, llegarás a una habitación donde cuelga una jaula de madera con un Pájaro Dorado. Al lado de la jaula hay una jaula de oro. Pero ten cuidado, no cometas el error de sacar el Pájaro de Oro de su jaula de madera y meterlo en la de oro. De lo contrario acabará mal para ti.

Inmediatamente el Zorro extendió la cola y el Príncipe volvió a subirse a ella. Así continuaron por encima de palos y piedras, con los cabellos al viento. Cuando llegaron al castillo, todo sucedió tal como el Zorro había predicho. Entró en la habitación donde estaba el Pájaro de Oro en la jaula de madera, junto a la hermosa jaula de oro. Y en la habitación había tres manzanas de oro. El Príncipe pensó que era una tontería tener un pájaro tan hermoso en una jaula de madera, así que lo cogió y lo metió en la jaula de oro. En ese momento, el Pájaro lanzó un grito desgarrador, los soldados se despertaron inmediatamente, irrumpieron en el castillo y arrojaron al Príncipe al calabozo.

A la mañana siguiente, fue llevado a juicio. Cuando lo confesó todo, fue condenado a muerte. Pero el rey dijo que podía concederle clemencia con una condición: si encontraba el Caballo de Oro, que corría más rápido que el viento, y podía montarlo, entonces recibiría el Pájaro de Oro como recompensa. El Príncipe siguió su camino, suspirando y deprimido. ¿Dónde podría encontrar el Caballo de Oro?

De repente vio a su viejo amigo, el Zorro, sentado al borde del camino.

—Ya ves —dijo el Zorro—, eso es lo que pasa cuando no haces lo que yo digo. Pero no te rindas. Te ayudaré a llegar al Caballo de Oro. Sigue recto y llegarás a un castillo. El caballo está en el establo. Hay soldados durmiendo y roncando frente a él. No les hagas caso, solo lleva el Caballo dorado con las riendas. Pero debes tener cuidado. Pon la montura ordinaria de madera y cuero. No toques la montura dorada que está a su lado. De lo contrario, te irá mal.

Entonces el Zorro volvió a extender la cola y el Príncipe se subió a ella. Siguieron adelante, saltando por encima de piedras y palos, con los cabellos al viento. Todo sucedió como el Zorro había dicho. El Príncipe llegó al establo donde estaba el Caballo de Oro. Cuando quiso ponerle la montura ordinaria, pensó que sería una lástima no darle a tan magnífico animal una montura de oro. Aún no había tocado la silla dorada cuando el caballo empezó a relinchar ruidosamente. Los soldados se despertaron, agarraron al Príncipe y lo metieron en la cárcel.

A la mañana siguiente, fue condenado a muerte. En el último momento, el rey volvió a concederle clemencia. Si conseguía liberar a la bella Princesa del Castillo de Oro, se le permitiría vivir. Deprimido, el Príncipe siguió su camino. Afortunadamente, su leal amigo, el Zorro, apareció de nuevo.

—Debería abandonarte a tu suerte —le dijo el Zorro—, pero me das pena. Te ayudaré una vez más. Puedes ir directamente al Castillo de Oro. Llegarás allí al atardecer. Por la noche, cuando todo esté tranquilo, la Princesa va a bañarse a la casa de baños. Cuando entre, salta sobre ella y bésala. Ella te seguirá automáticamente y podrás llevártela contigo. Pero ten cuidado, no dejes que se despida antes de sus padres. De lo contrario, te irá mal.

El Zorro estiró la cola, el Príncipe saltó sobre ella, y volaron, con los cabellos al viento, por encima de palos y piedras. Así llegaron al Castillo de Oro.



Sucedió tal como había dicho el Zorro. Esperó hasta medianoche. Todos dormían profundamente. La Princesa fue a la casa de baños. En ese momento apareció el Príncipe y la besó. La Princesa quiso irse con él, pero le suplicó, con gruesas lágrimas, que la dejara despedirse primero de sus padres. Él no accedió, pero ella lloró mucho y cayó de rodillas ante él. Entonces él no pudo soportarlo más y cedió. La Princesa acababa de llegar

junto a la cama de su padre cuando éste se despertó, al igual que todos los demás en el castillo. El Príncipe fue capturado de nuevo y encarcelado.

A la mañana siguiente, el Rey le dijo:

—Has desperdiciado tu vida. Sólo podrás ser perdonado si desentieras la montaña que hay ante mi ventana. Esta montaña obstruye mi vista. Debes hacerlo en un plazo de ocho días. Si lo consigues, recibirás a mi hija como recompensa.

El Príncipe comenzó la tarea. Cavó y cavó sin parar. Pero después de siete días, vio lo poco que había excavado y lo mucho que le quedaba por hacer. Perdió la esperanza. Al atardecer del séptimo día llegó el Zorro. Le dijo:

—Realmente no mereces que haga más nada por ti, pero ahora vete a dormir. Yo haré el trabajo por ti.

A la mañana siguiente, cuando el Príncipe miró fuera, toda la montaña había desaparecido. Corrió a ver al Rey, lleno de alegría, para informarle que la condición se había cumplido. Le gustara o no al Rey, tendría que cumplir su palabra y entregar a su hija en matrimonio. Por fin, el Príncipe y la Princesa podían seguir su camino. Sin embargo, el fiel Zorro no tardó en aparecer.

—Ya tienes lo mejor —dijo el Zorro—, pero el Caballo de Oro pertenece a la Princesa del Castillo de Oro.

—¿Cómo lo consigo? —preguntó el joven.

—Yo te lo diré —dijo el Zorro—. Primero, debes ir a ver al Rey que te envió al Castillo Dorado. Luego, lleva también allí a la Princesa. Se alegrarán tanto de verte que te regalarán el Caballo de Oro. A continuación, súbete al

caballo y dales la mano a todos como despedida desde el caballo. Haz esto último con la Princesa. Cuando la tengas, pásala a la parte delantera del caballo y espolea al caballo. Nadie podrá alcanzarte nunca porque este caballo corre más rápido que el viento.

Al final, todo salió bien. El Príncipe se marchó con la Princesa en el Caballo de Oro.

Pero el Zorro no se quedó atrás. Le dijo al joven:

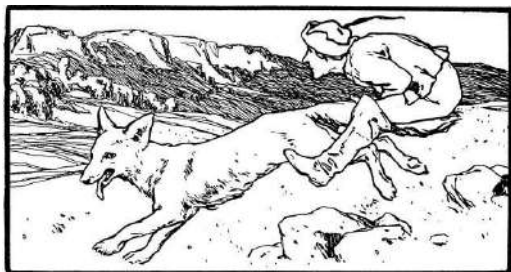
—Por último, yo también te ayudaré a conseguir el Pájaro de Oro. Cuando te acerques al castillo, deja que la Princesa desmonte. Yo la vigilaré mientras tú cabalgas en el Caballo de Oro hasta la plaza del castillo. En cuanto te vean, se pondrán especialmente contentos y sacarán al Pájaro de Oro. En cuanto tengas la jaula en la mano, vuelve corriendo a por la Princesa.

Todo fue bien. Cuando el Príncipe quiso volver a casa con sus tesoros, el Zorro le dijo:

—Ahora debes recompensarme por toda mi ayuda.

—¿Qué quieres a cambio? —preguntó el muchacho.

—Cuando llegemos al bosque —dijo el Zorro—, dispárame y córtame la cabeza y las patas.



—Una buena recompensa —dijo el Príncipe—. No es posible que te haga eso.

—Si no quieres hacerlo, entonces tengo que dejarte ahora. Pero antes de irme, te daré un último consejo. Evita dos cosas: no compres carne en la horca y nunca te sientes al borde de un pozo —dijo el Zorro.

Luego echó a correr hacia el bosque. El joven príncipe pensó para sí:

—Ese zorro es un animal tan extraño con caprichos peculiares. ¿Quién querría comprar carne de la horca? Y nunca se me había ocurrido sentarme al borde de un pozo.

Continuó su viaje con la bella princesa. El camino pasaba por un pueblo, el mismo en el que se habían quedado sus dos hermanos. Había un alboroto de gente gritando, y cuando preguntó qué pasaba, se enteró de que iban a ahorcar a dos personas. Al acercarse, vio que eran sus hermanos. Habían malgastado todo su dinero con sus supuestos trucos. Les preguntó si tal vez podría liberarlos.

—Si quieres pagar sus deudas —dijo la gente—; pero seguro no quieres gastar tu buen dinero en dos inútiles como ellos.

El joven príncipe no lo dudó. Pagó sus deudas y quedaron libres. Y todos juntos siguieron su camino. Llegaron al bosque donde todos habían visto al Zorro por primera vez. Aquel día de verano hacía un fresco agradable. Los dos hermanos dijeron:

—Descansemos aquí junto a este pozo y tomemos algo de comida y bebida.

Al joven príncipe le pareció una buena idea. Pero durante la comida, se olvidó de todo y se sentó descuidadamente y sin sospechar nada al borde del pozo. Entonces sus hermanos lo agarraron y lo arrojaron al pozo. Después, huyeron con la princesa, el caballo y el pájaro.

Cuando llegaron al castillo de su padre, dijeron:

—Mira, no sólo hemos traído el Pájaro de Oro, sino el Caballo de Oro y la Princesa del Castillo de Oro también.

Todos en el castillo se alegraron mucho. Pero el caballo no quería comer, y el pájaro no cantaba, y la princesa sólo lloraba.

Afortunadamente, el hermano menor seguía vivo. El pozo estaba seco y había caído sobre musgo blando sin hacerse daño. Pero no pudo salir del pozo. Sin embargo, el fiel Zorro no lo había abandonado. Bajó de un salto y lo regañó severamente porque una vez más había ignorado sus consejos.

—Pero no puedo evitarlo —dijo—, te ayudaré una vez más. Agárrate de mí cola, agárrate fuerte.

Entonces el Zorro tiró del Príncipe hacia arriba.

—Ten cuidado, aún no estás a salvo. Tus hermanos no estaban seguros de que estuvieras muerto, así que han puesto guardias en el bosque para matarte en caso de que siguieras vivo.

Había un mendigo en el camino. El príncipe intercambió ropas con él y se dirigió a su casa. Nadie en el castillo lo reconoció. Pero, de repente, el pájaro empezó a cantar, el caballo quiso volver a comer y la bella princesa se secó las lágrimas. El rey se sorprendió y preguntó:

—¿Qué significa este cambio repentino?

—No lo sé —dijo la princesa—, estaba tan triste y ahora de repente estoy tan feliz. Es como si mi propio príncipe hubiera vuelto.

Le contó al rey todo lo que había pasado, a pesar de que sus hermanos la habían amenazado con matarla si revelaba algo. El rey convocó inmediatamente a todos los presentes en el castillo.

También llegó un joven vestido con harapos. Pero la princesa reconoció inmediatamente a su príncipe y lo abrazó. Los malvados hermanos fueron capturados y asesinados. El joven príncipe se casó con la princesa y se convirtió en el heredero del reino.

¿Y qué fue del pobre Zorro después de aquello? Algún tiempo después, el hijo del rey estaba de nuevo en el bosque y volvió a encontrarse con el Zorro. El Zorro le dijo:

—Ahora tienes todo lo que puedes desear. Pero mi desgracia continúa. Sin embargo, tú tienes el poder de liberarme de ella.

Volvió a rogar al Príncipe que le disparara y le cortara la cabeza y las patas. Esta vez, el Príncipe lo hizo. Y cuando lo hizo... ¡el Zorro volvió a convertirse en humano! Esta persona se había liberado por fin de su encantamiento como Zorro. Ahora, a nadie le faltaba la felicidad y todos vivieron felices para siempre.